

Ligia María Orellana

Indeleble



Colección Revuelta

Revuelta

(Del part. irreg. de *revolver*; lat. **reŕolutus*, por *revolutus*).

1. f. Punto en que algo empieza a torcer su dirección o a tomar otra.
2. f. Alboroto, alteración, sedición.
3. f. Segunda vuelta o repetición de la vuelta.
4. f. Pupusa que contiene una mezcla de queso, frijoles y chicharrón.
5. f. Vuelta o mudanza de un estado a otro, o de un parecer a otro.

Indeleble

La Colección Revuelta es un territorio de encuentro entre nuevos y viejos modos de hacer libros y literatura // Busca convertirse en uno de los muchos puntos de referencia en la literatura salvadoreña contemporánea // Ofrece cada uno de sus títulos en copia impresa y formato electrónico.

Descargue los libros electrónicos en:

<http://sites.google.com/site/coleccionrevuelta/>

Ligia María Orellana

Indeleble



Colección Revuelta
San Salvador • 2011

Indeleble

Primera edición

San Salvador, 2011

Dirección editorial: Miguel Huezo Mixco

Selección de textos: María Tenorio

Diseño y diagramación: Contracorriente editores

Diseño de portada: Antonio Romero

Ilustraciones interiores: Ligia María Orellana

ISBN: 978-99923-67-17-9

Impreso en Impresos Múltiples



Esta colección cuenta con el apoyo del

Centro Cultural de España en El Salvador

Calle La Reforma, 166, colonia San Benito.

San Salvador, El Salvador

info@ccespanasv.org

www.ccespanasv.org

(503) 2275-7526

Impreso en El Salvador

Contenido

Tripin.....	9
Versión selecta.....	11
Versión metalera.....	23
Versión 6.1 en la escala de Richter.....	33
Versión congreso de payasos.....	41
Versión zoológica.....	51
Versión apagón.....	59
Cuentos.....	67
Harvey P. va por Aminah hasta África.....	69
Sublimación.....	75
Un dardo, un árbol y un ronquido.....	87
La muerte me ronda (Basado en una historia irreal).....	91

Cupido suelta sus demonios	95
El caballo Molleja y la Gorra Parlante	99
Cinco microcapítulos (Sobre cosas innombrables)	103
Jack Fitzgerald Malasuerte	107

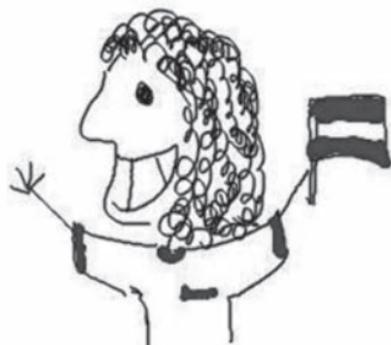
Tripin

Para celebrar el equipo de alta tecnología que recibió recientemente, nuestro efusivo lente se adentró al mundo de la próstata galopante, o histeria masculina: el fútbol. La selección salvadoreña sacó el patriotismo en miles de aficionados, que se dieron cita en el estadio Mágico González para apoyar al talento nacional. «No entiendo la algarabía... ni que fuera contra Brasil», dijo un no-aficionado, que se quedó atascado en el tráfico por dos horas; «es como si jugáramos contra la isla de Meanguera». «¡¡¡En Haití les demostramos que sí somos las mamás!!!», cantó un fan, cuando le preguntamos desde qué horas estaba en el estadio.

Aparte del ocasional irrespeto de la fanaticada local por culturas diferentes a la suya, fue una velada azul y blanco, llena de emoción y orgullo.



Filibertiano, El Matrero, Pepeto y Chollón de Llanta se dieron cita desde las 4 de la tarde, para pintarse el rostro con los colores de la bandera salvadoreña.



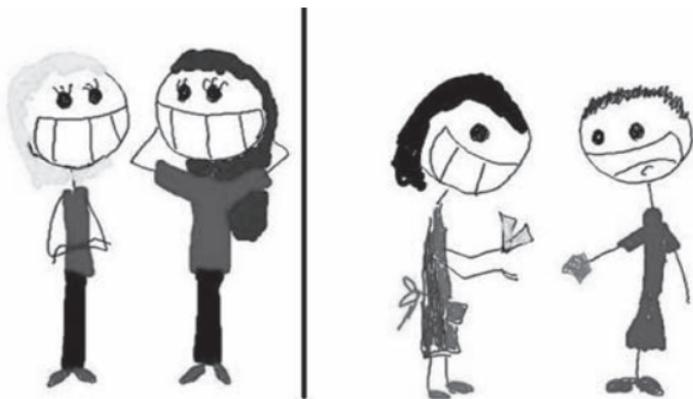
El Mágico González, una vez más, surgió de las cenizas para apoyar a los muchachos de la selecta. Se dice que frotar los rizados del Mágico es el equivalente a frotar el estómago de Buddha.



Un pase Matrix dio pie al último gol de la jornada.



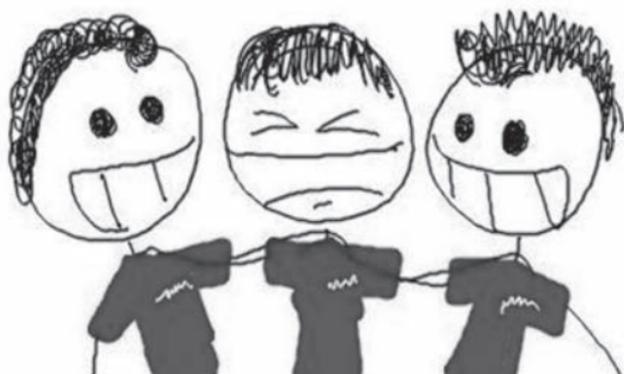
El tráfico era kilométrico, y muchos impacientes optaron por ir en sentido contrario, con tal de llegar a tiempo.



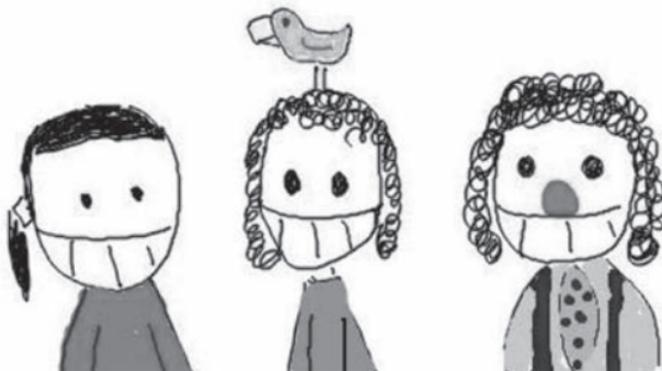
Las mujeres bellas dijeron presente en las gradas; las mujeres no tan bellas, dijeron presente en la reventa.



Aunque Anguila no fue bien tratado por El Salvador, puede enorgullecerse de tener entre sus jugadores a Christopher DJ, quien elevó la moral de su equipo tras la derrota.



Tres jugadores salvadoreños se enfrascan en un cariñoso abrazo heterosexual, al final del partido.



Solo firmitas: Marito Rivera, Jhosse Lora y Chimbombín Panza de Hule fueron al estadio a ver y dejarse ver.



Aún más asombroso que el gane de la selecta, fue la mímica del Carrito Umaña. Michael Jackson moriría de envidia.



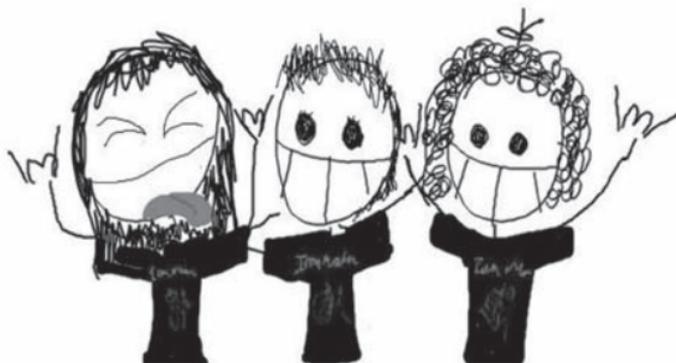
Todos querían tomarse una foto con la imagen de cartón tamaño real del comentarista Eugenio Calderón; al menos, todos los que fueran del Barça. «De todos los olores y sabores. Así hace goles la Selecta», dijo Calderón al minuto 70. Otra frase abstracta pero memorable.

Nuestro magno lente se dejó crecer su abundante cabellera, negra y ensortijada, para adentrarse en el oscuro mundo del metal. La fiebre por Iron Maiden se ha expandido como el herpes en una discoteca, y ha contagiado a todos y cada uno de los orcos nacionales. Una selecta bichada inició la travesía hacia San José, llevando sus tupperwares con frijoles y tortillas, para aguantar el tan esperado Día del Juicio.

Quienes no pudieron realizar este viaje se conformaron con asistir al concierto en Arena El Salvador, de la banda tributo La Maitra Metálica. «Nuestro orgullo», nos comentó Frankenberto,

el cantante de esta banda «es que ya después de tomarte dos cervezas, nos ves como el mismísimo espíritu de Eddie personificado». «¡ARRIBA MAIDEEEEEEEEEN!», nos gritó al oído una fan, cuando le preguntamos si sabía dónde estaba el baño.

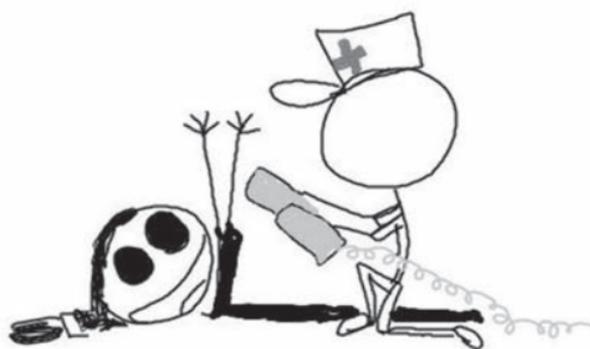
Fue una noche espiritual, un vórtex de entropía que reunió a todas las almas atormentadas, que al fin llegaron a la paz mental por medio del headbanging. El delirio era palpable en todas las pupilas, dilatadas a reventar.



El Muerto, La Estrafalaria, y El Chaxo se sumergieron en el éxtasis metalero tras posar alegremente para nuestro lente.



Frankenberto Dickinson hace gala de sus trajes, ofreciendo junto a su grupo un show de primera calidad.



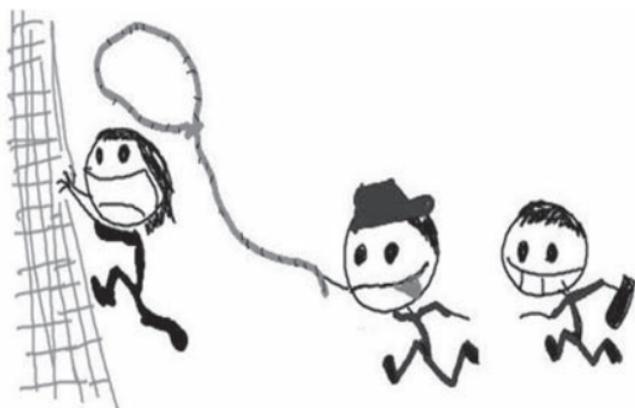
Un camillero de la Cruz Roja revive a Rosco, quien realmente vio a Eddie tras dos cervezas durante el concierto, y se negaba a volver al mundo de los vivos.



A pesar de que la Calaquita Stevo, la infaltable mascota de la banda, es letal y demoníaca, nunca pierde la oportunidad de dar el ejemplo.



DJ Best of The Beast calentó los motores de las masas metaleras, haciendo un súper mix de todos los exitazos de Maiden.



Agentes de la PNC se dieron a la tarea de detener a la mara alargartada que quería entrar sin pagar.



Muchos quisieron emular la fiebre de Maiden, y se dejaron caer a la Arena El Salvador con cinco días de anticipación.

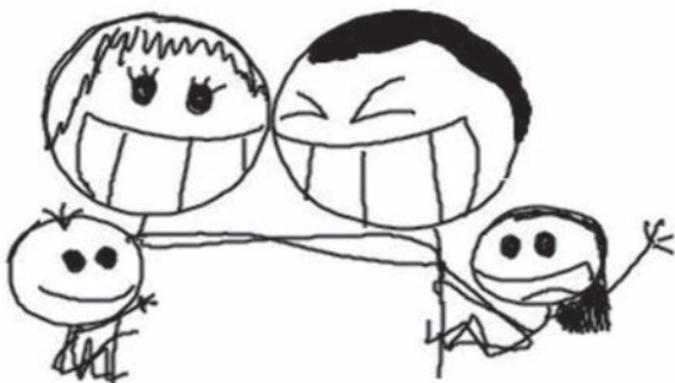
Versión 6.1 en la escala de Richter

Esta vez nuestro afligido lente fue enviado a recorrer las calles, tras un intenso movimiento telúrico. La gente se aglutinaba en las aceras, con júbilo o con pavor, según la cosmovisión de cada quien. Un grupo de vecinos hacía apuestas, para ver quien adivinaba la magnitud del temblor. «Temo que se caiga mi casa», nos dijo una señorita con tranquilidad, «pero sé que es solo nuestro planeta vivo, como decía el Discovery Channel, y así es el modo de las placas tectónicas». «¡ARREPIÉNTANSE, PECADORES!», nos gritó un señor muy emocionado, cuando le preguntamos qué magnitud le calculaba al ilustre acontecimiento.

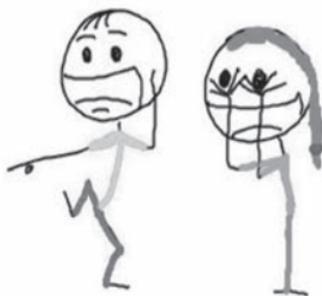
Fue un patín geológico único; el ambiente estuvo prendidísimo, liberándose una asombrosa cantidad de energía.



Roseto acampa en la acera, junto a su perico, Rose-
to. Las cosas materiales pueden esperar, mientras se
tenga el hombro de un buen amigo.



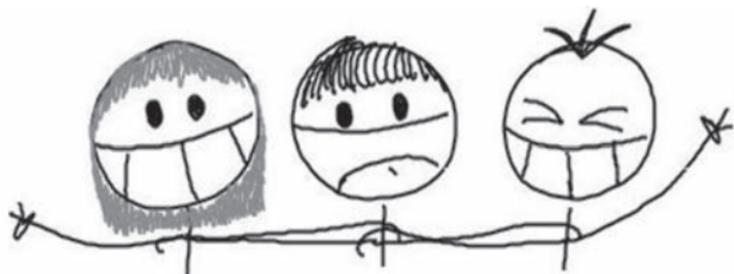
La familia Gutierrez: Chepe, Magdalena, Chepito y Magdalenita se reúnen para darse calor familiar, y para reforzar la frase de «al mal tiempo, buena cara».



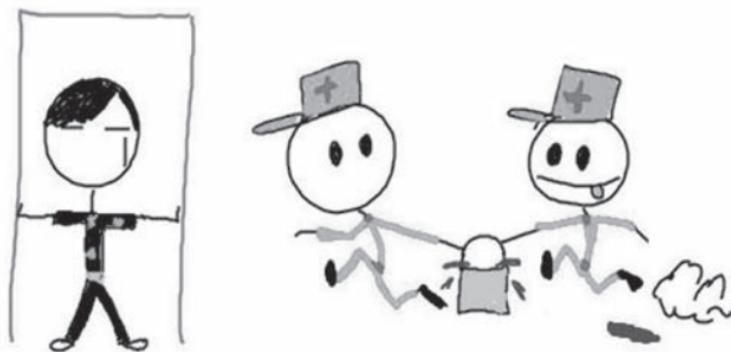
Este vecino salió despavorido, dejando el pudor dentro de su casa. Un buen samaritano le prestó su camisa para paliar la situación.



DJ Samaquión amenizó con mucho ánimo, pre-
diendo a los chavos y chavas presentes. No podía fal-
tar el tema más gustado de su repertorio: *La Falla*.



Adela, Esternocleido y El Palancón intercambiaron impresiones. El infaltable cuestionamiento «¿dónde te agarró el temblor?» fue la comidilla de la velada.



El joven emo Adrianito tuvo un colapso nervioso, y se negaba a salir del marco de su puerta. Los siempre listos cuerpos de socorro acudieron a sacarlo del shock.

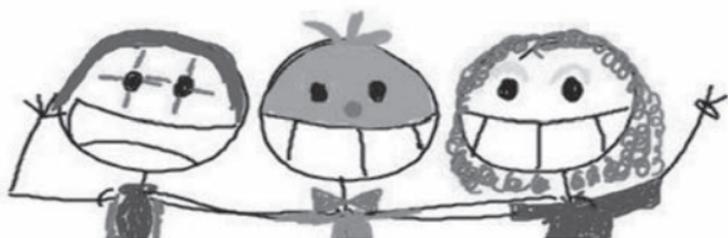


La cordillera de Apaneca se negó a dar declaraciones sobre el éxito de este sorpresivo trip.

Versión congreso de payasos

Ahora fue el turno del Congreso de Payasos de recibir la visita de nuestra dedicada lente, quien se puso una nariz roja para asistir a la unificación de este magno gremio. «¡PAPITOOO!», nos dijo felizmente un colorido personaje, cuando le pedimos que nos comentara cómo iba el proceso de legalización para la Asociación Nacional de Payasos. «Yo pienso que ya era tiempo... hasta el momento no se nos habían dado las cosas pero con la ayuda de nuestros profesores, los payasos veteranos, y con el apoyo de la afición, primero Dios que nos fortaleceremos», nos comentó el payasito Selecto.

Aquí algunas imágenes del trip jolgoriano, que cautivó a quienes asistieron:



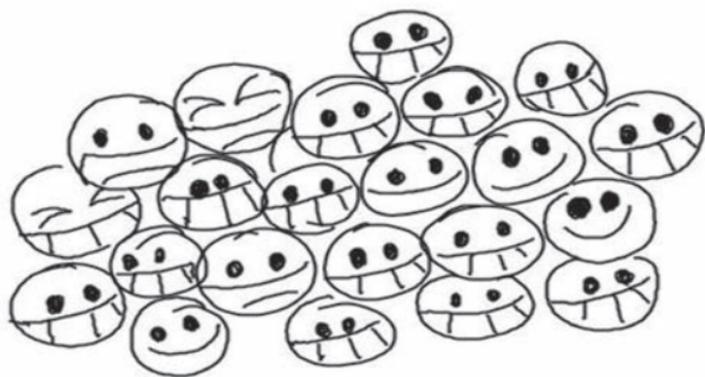
Semaforito, Naranjín y Lala nos demuestran el espíritu que caracteriza a esta profesión.



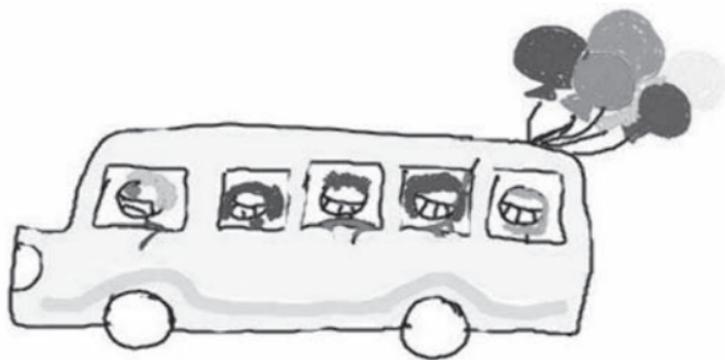
Piruliro y Cachinflín recuerdan a sus héroes: Pron-tito, Chirajito, Pizarrín y Cocolito. «Yo votaba y votaba por Cocolito en *Bailando por un Sueño*, solo por los buenos tiempos de *Jardín Infantil*», comentó Cachinflín.



Hay payasos para toda la gente. El payasito emo Gillette dice que llora por no reír, y que mantiene su agenda llena gracias a los cumpleaños de adolescentes seguidores de esta corriente. Sin embargo, reunirse con sus colegas lo mantenía con una sonrisa.



El público disfrutó el patín payasiano a más no poder.



Muchos payasos deben luchar diariamente por ganarse la vida, subiéndose a las unidades de transporte colectivo. Pero por esta vez, se subieron a los buses para celebrar su identidad.



Los payasos Ulises y Nonó, padre e hija, entretienen a la concurrencia, con un número de tap. La pequeña Nonó quiere crecer hasta convertirse en una payasita, como su admirado padre.



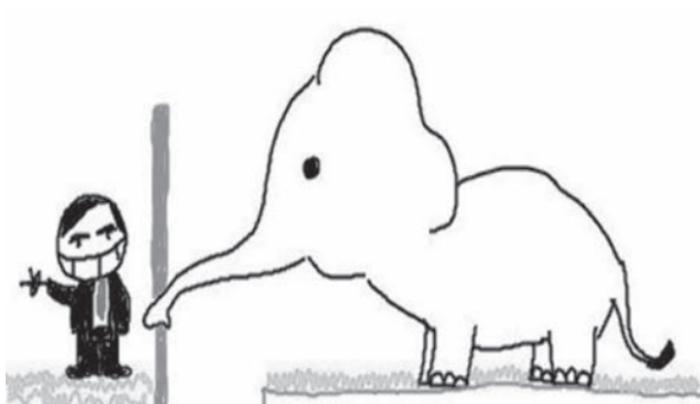
El payaso Kissito intercambia impresiones con la payasa Sombrerera, quien afirmó tener dos docenas de sombreros para su espectáculo.



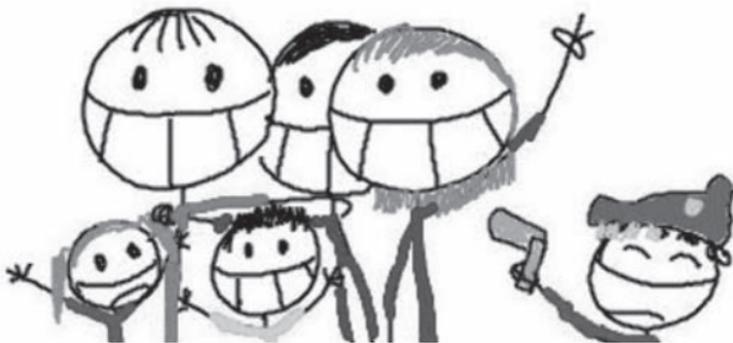
Colorín Colorado tiene una petición muy especial: que Jhosse Lora escriba el himno oficial de los payasos salvadoreños.

Nuestra lente, amante de los animales, partió esta vez al zoológico, para ser testigo del patín con motivo de su reapertura. La bichada de todas las edades topó las instalaciones, con ansias de recrearse y apreciar la naturaleza. «Está muy bonito, ya que lo han dejado bien», comentó una asistente. «¡ALFREDITO PARA VICEPRESIDENTE!», gritó un joven emocionado, cuando le preguntamos si las 15 personas que se bajaron de su Volkswagen eran familiares suyos.

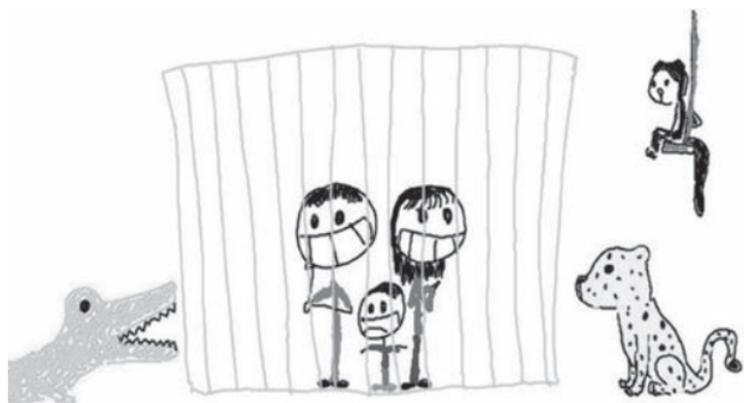
Fue una tarde de sano esparcimiento para la familia salvadoreña, alejada del bullicio de la ciudad... al aire libre. Todo fue algarabía y animaladas.



El presidente Elías Antonio Saca prometió un novio para Manyula, la elefanta. Su lema «las mujeres ya no estarán solas» parece haberse hecho extensivo a especies diferentes a la suya. Cuando le preguntamos a Manyula qué le parecía la idea, respondió tajantemente: «que se deje de tonteras, aquí no cabemos dos. Preferiría que me aumentara la pensión, para retirarme ya del zoológico».



Encontramos a esta familia deambulando alegremente. Los adultos Tulio, Cloris, y el tío Pepe cuidaban pacientemente de Dayana y los gemelos Angelito y Arcangelito. Este último sonaba una bulliciosa matraca y usaba un gorro de hipopótamo, los cuales compró a un vendedor ambulante que se coló por la quebrada.



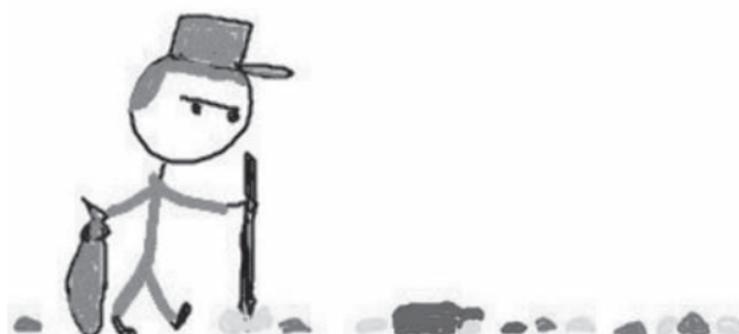
Una de las nuevas atracciones del Zoológico es el Antropológico. Aquí quienes visitan pueden sentir en carne propia el encierro. Se les explica que a pesar de las ventajas que tiene un zoológico, los animales sufren, entre otras cosas, estrés, aburrimiento y zoocosis.



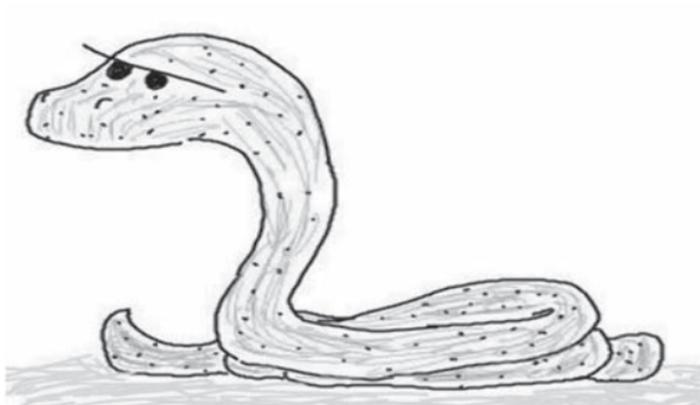
Para que la crème de la crème se codeara en un ambiente exclusivo, se habilitó el área VIA, Very Important Animals, en la que encontramos al presidente Saca y otras personalidades. En la foto, Josefina la lora, Clodoveo el león, Mastropiero el armadillo (de espaldas) y Zafarrancho la tortuga.



Se recomienda a las personas que cruzan el puente colgante que no salten en él. Estos niños y niñas no parecen tomar en cuenta dicha precaución, y ejercitan su motricidad gruesa despreocupadamente.



Es difícil que la niñez siga instrucciones si los adultos no dan el ejemplo. Don Memito, el gerente de limpieza, recoge la gran cantidad de basura que los visitantes dejaron a su paso. «Tengo un nuevo uniforme, pero no pensé que lo ensuciaría tan rápido». Hizo un llamado a la población para que utilice los basureros y mantenga la saliva en su boca.



Otro que no estaba muy feliz era Pascual, la víbora.
«El presidente dice que Manyula ya no estará sola.
¿Qué hay de mí? Los hombres tampoco merecen
estar solos, y he estado solo por años. Este sexismo
institucionalizado debe terminar».

Usualmente, nuestra estimada lente va en busca de las noticias. Pero esta vez, las noticias la encontraron a ella. Un apagón interrumpió su tranquila velada dominguera y le obligó a salir a calle a ver qué se veía cuando no se veía nada. La incertidumbre y las teorías de conspiración reinaban en la ciudadanía, aunque los niveles variaban en cada persona. «¡SE VIENE EL 2012, SEÑORES!», gritaba un joven en un centro comercial, aunque el resto de consumidores trataba de mantener la calma mientras salía al parqueo. «Yo creo que tenemos que ser más responsables con la naturaleza; no sobrecargar regletas y cuidar el agua», nos respondió una señora, cuando le preguntamos a quién apoyaba en el Mundial.

A continuación, unas estampas captadas en la penumbra.



Una panorámica de una colonia en la zona norte de la ciudad, en los primeros segundos del apagón.



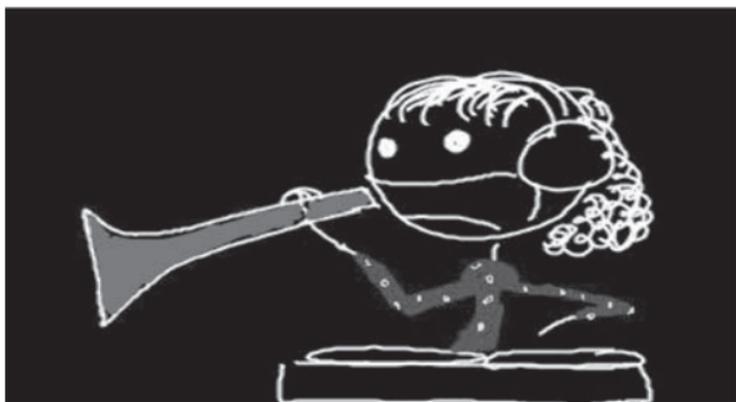
Los amigos Genaro y Darwin se encontraban en un establecimiento de comida rápida. No había servicios de papas fritas. Genaro optó por la histeria e insistió en irse a casa, temiendo un complot contra el presidente Mauricio Funes. Darwin prefirió esperar y se vio recompensado con papas agrandadas cuando el restaurante encendió la planta.



Etel Abigail prende una vela en su casa, para que su hijo Gregoriano termine las tareas. «Lástima que se lo lleva Judas, pero tal vez así aprende a no dejarlas a último minuto el domingo en la noche». Lo bueno, comenta Etel, es que fue una oportunidad para inculcar memoria histórica en su vástago: «yo le digo que así era en la guerra, yo crecí haciendo mis tareas a la luz de un candil, porque pasábamos sin fluido ocho horas perras».



Adelaida navega en Internet con su blackberry y comprueba que el apagón se debe a problemas técnicos y no a conflictos sociopolíticos o a las ráfagas solares. Sus compañeros de tesis, Abelito y Terencio, respiran aliviados.



A la hora del apagón, DJ Mullet amenizaba una fiesta en una pupusería. Por suerte, tenía a la mano una vuvuzela que mandó a traer a SudrÁfrica, y el patín continuó con sonidos menos electrónicos y más artesanales.



En una colonia de San Salvador, Jelenberto aprovecha la oscuridad para contar un cuento de terror a sus vecinitos, Yolaida, Marulo y Gutierrito. «Lo más feo fue cuando apareció Wil Salgado», expresó Marulo, aún con agitación.



Lorenita, Gladiola y Chanchuyo posan para la cámara, demostrando por qué es importante la higiene bucal.

Cuentos

Harvey P. va por Aminah hasta África

A sus 36 años, Harvey P. era un buen hombre, aunque larguirucho en demasía. Usaba lentes de fondo de botella y seis días a la semana vestía un aire burgués de desolación. Tenía una legión de sirvientes realizando todo tipo de tareas domésticas en su mansión, y tenía millones de acciones en empresas multinacionales que le generaban ganancias por el mero hecho de existir. Harvey parecía tener todo el dinero del mundo, pero viviendo en la pobreza de tenerlo todo, nada lo gratificaba de corazón.

Harvey se sentaba en su despacho todas las mañanas y escribía poemas pésimos, cargados de miel

y cursilería. Leía tres periódicos nacionales y su revista internacional favorita, *El Escarabajo Excursionista*. Fue en este en el que leyó el siguiente artículo, del que rescatamos el extracto que el mismo Harvey subrayó con marcador amarillo:

«¿Cuántas personas han muerto devoradas por un león en lo que va del año? Pocas, en comparación con las muertes causadas por organismos más poderosos, como los mosquitos. Pero, ciertamente, expirar en las fauces del llamado rey de la jungla tampoco es un mérito despreciable. Y fue mientras buscábamos estadísticas y testimonios sobre esta clase de desgracia que nos encontramos con la interesante historia de Aminah, una joven de 20 años perteneciente a una tribu en Ghana.

»Se teme que Aminah sea la última víctima de leones hasta la fecha, puesto que no se ha sabido nada de ella desde que salió de su aldea, hace año y medio. Pero quizás más interesante que su desaparición y posible destino es la historia previa. La joven se había enamorado perdidamente de un mozo corpulento y soso, a quien mantendremos en el anonimato. Aminah y el

mozo tuvieron un tórrido amorío que presagiaba una feliz unión matrimonial, pero al año y medio, una fuerte discusión propició la ruptura de la pareja. Sin embargo, Aminah, desesperada por demostrarse digna del amor del corpulento y por recuperarlo, se fue de la villa y no fue vista por dos meses. En ese tiempo, el soso descubrió que la extrañaba y que deseaba que regresara para unir su vida a la de ella.

»Una mañana nublada, Aminah regresó. Desfiló con orgullo por toda la villa, mientras la gente se asomaba a verla y hacía todo tipo de juicios acerca de la locura que acababa de cometer. Cuando llegó frente a la choza del mozo corpulento y soso, le gritó en tono triunfal que saliera, pudiendo apenas contener su orgullo y ansias por ver la cara de su amado. Él salió, y quedó sorprendido al igual que el resto de la gente. Aminah se había cortado su larga cabellera y ahora la tenía hasta el cuello; sus brazos estaban cubiertos de heridas a medio cicatrizar. Traía a sus hombros el cuerpo sin vida de una leona.

»El mozo corpulento y soso la observó con asombro. “Para atrapar una leona debes ser una

mujer muy inteligente”, dijo severamente. “Lo soy”, le respondió ella, ansiosa por saltarle encima y casarse inmediatamente con él. “Eres inteligente, eres fuerte... no quiero una mujer así, que me humille frente a la aldea trayéndome un regalo”.

»Testigos reportan que Aminah, de la sorpresa ante semejante reacción, se tambaleó, y algunos juran que la escucharon hacerse añicos. Ella, que había peleado con una leona, nunca se sintió tan malherida y desesperanzada como en ese momento. Y con el cadáver de la desdichada felina a cuestas (muerta en vano), salió de la villa y nadie la volvió a ver.»

Harvey quedó fascinado con esta historia. «Esto es lo que necesito. Esta es la mujer de mis sueños», se dijo, dejando caer la revista sobre su escritorio. Y algo que no sabía cómo se llamaba empezó a hacerle cosquillas en su corazón. Finalmente tener tanto dinero tuvo sentido para él. Salió de su casa y fue a comprar dos boletos a Ghana esa tarde; él mismo los compró, en lugar de enviar a sus sirvientes, signo inequívoco de que, por primera vez en al menos tres décadas, había algo que lo motivaba. Esa

noche empacó a su madre y mandó a traer al periodista que escribió el artículo. El trío salió a África al amanecer.

Algo le decía a Harvey que Aminah estaba viva, y quería encontrarla, rescatarla de ese mundo y traerla al suyo para que ella le diera vuelta a su antojo. Harvey no quiso llevarnos, de modo que no podemos dar testimonio fidedigno de su travesía, pero ciertamente no fue este un viaje infructuoso. El buen hombre invirtió mucho dinero en estadías en hoteles, logística de periodismo investigativo, y sombreros para su madre; en traductores, detectives privados, y guías turísticos; en huevos de lagartijas exóticas, aspirina genérica y sobornos para nativos.

Su madre, a pesar de que la pasó bomba todo el viaje, le recriminó a su hijo haberse dejado llevar por una fantasía. En términos probabilísticos, esta mujer africana y este hombre americano nunca estuvieron remotamente cerca de encontrarse cara a cara. Pero tres meses después, Harvey bajaba las escaleras de su jet privado: habiendo hecho todo lo humanamente posible, encontró a Aminah y la trajo a su continente. Más bien, trajo su fémur, que era todo lo que había quedado de ella. Tal y como

había hipotetizado *El Escarabajo Excursionista*, a Aminah se la comió un león; después una hiena y luego un buitre.

A pesar de la tremenda desilusión por el final de su historia, Harvey dejó de escribir poemas. En lugar de eso, pulverizó el fémur de Aminah y lo guardó en un frasquito, para llevarlo a todos los viajes que se propuso hacer (sin su madre) el día en que volvió de África. Tampoco quiso llevarnos a esos viajes, y lo vimos años después, en bancarrota y satisfecho.

No era opcional, me dijo la señora tajantemente. Si iba a trabajar en esto, debía llevar un diario porque las reuniones de *briefing* y *debriefing* no iban a ser suficientes. Trató de venderme la idea como una recomendación amigable y al principio me divirtió ligeramente, pero tras unos segundos la deseché. Le dije que no era necesario. Escribir en un diario me pareció el equivalente a estar ante una audiencia que me ignora, y todo el camino a casa después de la entrevista fui rumiando lo inútil y absurdo de llevar uno. Y aquí estoy, empezándolo. Porque no es opcional.

Ella me preguntó por qué estaba aquí. Versión completa: hace dos años y medio, en la mañana de navidad, pensé en escribir un libro. Tenía el pelo sucio, porque en esa semana el agua había dejado de correr por las cañerías. No había nada de comida en el refrigerador, solo leche y condimentos llegando a la fecha de expiración. Me vi en el espejo del baño al levantarme, y me encontré con unas enormes ojeras de fiestero ambulante. En ese entonces llevaba siete meses en el negocio de ser un amigo de alquiler, quedándome despierto hasta las cinco de la mañana con desconocidos que me compraban cerveza. Pero no ganaba lo suficiente y la experiencia de discotequero hedonista no hacía más que profundizar mi sensación de desarraigo.

Solo un grupo muy selecto puede pagar por tener amigos, así que solía encontrarme inmerso en fiestas dentro de mansiones respetables. El negocio era sumamente cuidadoso en este aspecto y una cláusula del contrato incluía la estricta confidencialidad, pero aún sin esa cláusula, no le hubiera puesto atención a los nombres con los que me codeaba. Cuando tenía la oportunidad, me deslizaba entre los cuerpos sudorosos y felizmente

alcoholizados para buscar alguna terraza, que con frecuencia tenía vista a la ciudad. Sacaba un cigarro y me quedaba ahí largo rato, hasta que alguien llegaba a buscarme o sentía la obligación de volver al trabajo (a fin de cuentas, en eso estaba). Nunca fui aficionado a fumar, pero si me paraba a ver el panorama con un cigarro en la mano parecía que estaba en receso existencial y no simplemente matando tiempo.

No tenía los ojos precisamente en el panorama. Más bien me fugaba a alguna esquina de mi mente, en la que me permitía tener delirios de grandeza. Me veía hablando de cosas trascendentes: los índices criminales, los medios ofensivos y los meñiques insignificantes, el hambre en África y todos los «ismos» que una persona medianamente instruida pudiera digerir. «¿Adónde se dirige a partir de hoy?», me preguntaba un entrevistador, y yo le respondía cosas terriblemente ingeniosas, echándome al bolsillo a toda una generación que, sin mí, se diluiría en los anales de la historia, por lo aburrida que era. Cuando muriera, la gente llegaría a bailar y a llorar a mi tumba, y las parejas concebirían a sus bebés a un lado de mi lápida. Quería

una legión de seguidores generosos, que le llevaran flores y bombones a mi cadáver descompuesto.

A siete meses de llevar esa vida, era 25 de diciembre y estaba viviendo en el cuarto de huéspedes de mi propia casa, contemplando la renuncia a ese trabajo en apariencia envidiable. Había recibido como único regalo de navidad una caja rectangular, que contenía este cuaderno, cuyo mérito era su forro de cuero. Me reí al recibirlo, diciéndome que este era un obsequio que nunca dejaría de ser nuevo. Aunque... podría venderlo; podría regalárselo a alguien que de verdad lo apreciara. O podría usarlo. Quizás es tiempo —pensaba— de contemplar la renuncia al trabajo y escribir un libro. Y desde ese día, pasé semanas enteras sin ver a nadie, encerrado, escribiendo y haciendo café con leche que se helaba antes de bajar por mi garganta.

No es que tuviera mucha gente a la que ver. En ese entonces llevaba una vida paralela con Alicia. Como las líneas paralelas, ya no nos tocábamos en ningún punto y nuestra única relación en ese momento era la de pagar el 50% de la renta cada uno. Yo seguía convencido de que pasaría el resto de mi vida con ella pero no podía afirmar que ella decía lo

mismo de mí. Hacía dos meses que habíamos comprado un juego de vasos de vidrio, y hasta entonces no había ninguno roto, señal de que ya ni nos molestábamos en tener crisis de pareja.

No suelo contar esto, porque me avergüenza un poco, pero la primera vez que la vi, me dio una fiebre entre las piernas. No, no, no solo eso; también tuve la certeza de que pasaría el resto de mi vida con ella, y esto sí se lo aseguré a mucha gente. Sé que estas cosas se dicen bromeando, pero la mía era una broma seria. Sin embargo, a pesar de nuestros cuchicheos en público y nuestros gritos en privado, con el tiempo caí en la cuenta de que mi predicción, aunque posible, era poco probable que se realizara. Una comparación de nuestros historiales amorosos sugería que ella atraía hombres intelectuales y yo, mujeres inestables, y supongo que nos emparejamos porque queríamos evitar a la gente que atraemos por naturaleza. Pero eso no nos ahorró ningún problema: discutíamos a la una de la mañana y uno de los dos se iba a dormir al cuarto de huéspedes. Eventualmente me acomodé ahí.

Para la tercera semana de febrero, el cuaderno con forro de cuero estaba lleno de garabatos y frases

sin un hilo coherente que las uniera. Mis únicas salidas en todo ese periodo habían sido al baño y a la cocina, por la noche. Decidí terminar con el claustro y empezar de nuevo. Abrí la puerta de mi cuarto con aire de desubicación temporal, pero la verdad es que calculé con cuidado mi tiempo, para encontrarla en el comedor. En efecto, ahí estaba, tomando té para recuperarse de su día de trabajo. Silencio incómodo como único saludo. Tras este cauteloso prólogo comenzó a decirme que yo no tendría una vida provechosa si pasaba el día contando ovejas trasquiladas y la noche escribiendo cuentos en los que no pasaba nada, y que... claramente esta relación no estaba yendo a ningún lugar. Ella ya tenía otra dirección, con alguien más. No valía de nada resistirme. Volví al cuarto y comencé a empacar, para irme tan pronto como fuera posible.

Esa misma noche, entré al cuarto que era de ambos y me acosté a la par de ella, como no lo había hecho hacía mucho tiempo. Estaba despierta y en ese momento, tan inoportuno como cualquier otro, le dije que quería escribir un libro. Estábamos en la oscuridad, pero sé que me vio como si yo fuera un número primo al que debía sacarle la raíz

cuadrada cuando respondió: «un libro que nadie comprará, excepto tus amigos...no, no, ni siquiera tus amigos, porque tus amigos no leen» (lamento que esta haya sido la última frase honesta que escuché de ella, porque realmente su honestidad me hizo una mejor persona). Hablamos como «amigos» por un rato a pesar del nido de serpientes en mi garganta, y luego ella se durmió. No pasó mucho para que yo lo hiciera también. Si hubiera sabido que esa era la última noche que pasaba con ella me hubiera mantenido despierto por más tiempo.

Me fui al siguiente día, por la tarde. Regresé a mi ciudad. No había estado ahí desde el funeral de mis padres, en el que casi me duermo de pie durante la elegía, a pesar de la culpa que tenía por pensar en que pude haber evitado el accidente. Su casa había quedado inhabitada, mientras algunos parientes que se hacían llamar mis hermanos llegaban a un acuerdo sobre venderla o alquilarla. No queriendo prolongar la agonía de mi ruptura, los llamé por la mañana, informándoles que yo me instalaría en esa casa indefinidamente. Nadie se opuso. Me mudé por la tarde, después de una despedida que aún me cuesta asimilar. Sin oportunidad para sentirme en

casa, empecé a buscar trabajo. Además, corriendo el riesgo de arrasar con los ahorros de mi vida, me inscribí de nuevo en la universidad.

Comenzar de nuevo se me hizo cuesta arriba. No dormía más de dos horas cada noche y era desgastante pelear a cada momento con la urgencia de llamarla o, peor aún, ir a buscarla. Había visto gente en un estado similar al mío, pero solo por televisión: se les amarra y encierra cuando se les quita su droga, para que no vayan a buscarla, aunque eso signifique un pequeño gran infierno personal. Quería volver sobre mis pasos y hacer las cosas de modo diferente con ella. ¿Ella me aceptaría de regreso, no? ¿Todavía puedo ser una mejor persona, verdad? ¿No me ha reemplazado por alguien más, cierto? Me hacía una retahíla de preguntas retóricas. No sabría si llamar a esto esperanza o agonía.

Tras algunas semanas, llegó una noche en que finalmente conseguí dormirme en menos de tres horas. Pero no llevaba mucho tiempo en sueño profundo cuando las uñas empezaron a molestarme considerablemente. Eran extremadamente pesadas. Me levanté de la cama y como no encontraba el cortaúñas y la molestia me estaba enloqueciendo,

tomé un cuchillo de cocina y comencé a cortarme los dedos frenéticamente. El dolor dentro de la pesadilla me despertó. Eran las 5:30 de la mañana; mi primer día de clases había llegado antes que mi primer día de empleo. Mis dedos estaban intactos pero sentía dos docenas de ladrillos sobre mi cuerpo. Me levanté con esfuerzo; el vacío amueblaba mi pecho. En el espejo del baño me encontré con aquellas viejas ojeras, pero también con un aire de excitación bastante inusual en mí. A pesar de la intranquilidad por el sueño, y la angustia que todavía no superaba, me sentía en la cima del mundo. Abrí el bote de pastillas que había tomado con disciplina desde que era adolescente y las dejé caer todas por el lavamanos. Fue un error tremendo, como lo descubriría camino a la universidad.

En lugar de ir al salón de clases, me asomé a la clínica de la universidad con recelo, pero sabiendo que necesitaba ayuda de emergencia. Ir a terapia no me hacía gracia, sería como llevar una clase más en el semestre, una clase en la que daba un pago simbólico para ser arrastrado por el lodo en aras de mi bienestar. Le insistí al terapeuta que había algo malo conmigo, pero porque no me estaba lastimando nadie pensaría

que yo pudiera tener algo grave. «No me tiro por la ventana porque no quiero que me tachen de exhibicionista», le dije. Él respondió que yo no lo hacía porque yo no quería. Comencé a hablarle, o más bien a sollozarle, sobre mi familia, sobre ella, sobre mí, sobre el cuaderno con garabatos y sobre el incidente camino a la universidad, en el que me escondí bajo un puente para llorar por todo lo anterior.

Me sentí liberado, aunque no sé exactamente de qué. El terapeuta me dijo algunas palabras cuando se acercaba el final de la hora; eventualmente olvidaré cuáles fueron exactamente, pero siempre recordaré que se sintieron como puntadas para cerrar una herida. Lamenté cuando su voz adoptó un tono que indicaba el cierre de nuestra reunión, pero en lugar de decirme adiós, me dijo que yo tenía algo que podía servirle a mucha gente. Me explicó que la universidad estaba montando una línea de emergencia para prevenir el suicidio y yo podría... aquí lo interrumpí. No esperaba semejante propuesta y puse reparos señalando que yo no sabía cómo atender a gente en crisis. Me aseguró con aplomo que nadie sabe al principio y ese obstáculo se supera. Busqué más peros y no los encontré.

Podría decir que encogí los brazos y pensé que me daría algo que hacer, pero en el fondo de verdad quería hacer esto. Aún más, quería llamar a Alicia y contarle, pero como ya se había hecho costumbre en mí, desistí. Me presenté al día siguiente a la dirección referida, y ahí encontré a la señora que me estaba obligando a llevar un diario.

Me preguntó por qué estaba aquí. Versión corta: «tengo una gran vocación de servicio».

Y aquí estoy, empezando el diario.

Un dardo, un árbol y un ronquido

Una semana atrás, había vendido uno de mis riñones para comprarme un par de zapatos de charol. Este era mi primer día vistiéndolos con orgullo. Justo el día en el que entró mi amargado jefe al cubículo y me escupió en el pelo. «Quiero un artículo de quinientas palabras sobre este hombre», rugió, tirando sobre mi desvencijado escritorio la borrosa fotografía de un hombrecito suburbano.

Esa misma tarde me trasladé a la dirección que estaba garabateada al reverso de la foto. El lugar era Sentral Parc, un feliz espacio público para el insano esparcimiento de la ciudadanía. Iba caminando

descalzo, con un zapato de charol en cada mano, para no ensuciarlos con el polvo, el concreto y la grama. Llegué a la gran encina, en el centro del parque, y mientras me apoyaba en ella para calzarme, vi al hombrecito suburbano sentado sobre un banquito, carcajeándose de lo lindo frente al árbol mientras sorbía su taza de té.

«No es té», dijo una vocecita sobre mi cabeza, un colibrí posado en una ramita. «Es café, y estamos esperando a que la Reina de Inglaterra se nos una». Y en ese momento un dardo, aparentemente disparado por el colibrí, destruyó la taza en las propias manos del hombrecito suburbano. Pero él, inmediatamente y sin inmutarse, abrió una cestita junto a su banquito y sacó otra taza, que ya contenía café, y lo sorbió cuidadosamente para no quemarse la lengua. Luego se tiró otra carcajada: «¡No hay nada como charlar con usted!». Se lo decía a la encina, obviamente.

«Lo peor son los ronquidos, prueba de su condición proletaria», resopló el colibrí mientras dejaba la rama y volaba ligeramente hacia atrás. «¿Qué?», le pregunté. «¿Que qué?», me respondió, y un dardo pasó rozando mi hombro izquierdo.

«Quiero decir que me molestan sus ronquidos», aclaró amablemente, aunque yo hubiera jurado que su tono era sarcástico.

El colibrí se alejó veloz, y cuando me volteé tratando de seguirlo con la vista, encontré a la par mía a un señor muy erguido, pero apaciblemente dormido. Era a él a quien se refería el colibrí porque, en efecto, roncaba como si fuera de la clase proletaria. Supuse que era narcoléptico. Lo sacudí y no me contestó. Le di un zapatazo de charol en la cabeza, y nada.

«Caballero», dijo el hombrecito suburbano, reparando en mi presencia por primera vez, «tírelo al suelo». Obedecí mecánicamente y lo empujé. «¿Cómo no obedecer a un hombre que toma café con los árboles?», reapareció el colibrí, resoplando. Y esta vez el dardo se insertó en el muslo del señor durmiente, que yacía en el suelo después de mi empujón. «¡¿Qué demonios?!», exclamó al despertarse abruptamente, y se extrajo el dardo, fastidiado. «Perdone», me excusé, «pensé que algo le pasaba... ¿es narcoléptico, o algo?». «¡Caramba, no! ¿Qué tiene de malo dormir? ¿Usted no duerme?». Avergonzado, le ayudé a levantarse, pero en cuanto se puso de pie, se volvió a dormir. «Oh,

bueno», murmuró el colibrí, como encogiéndose de hombros.

En ese momento, el hombrecito suburbano guardó la taza en la cesta, y se levantó. «¡Un placer!», dijo sonriente, haciéndole una reverencia a la encina. Recogió su banquito y se fue. «Regresaré mañana, árbol. No vayas a ningún lado», dijo el colibrí, falseando gravemente su vocecita. Y un dardo se clavó, junto a mi cabeza, en el tronco de un árbol adyacente. Arranqué el dardo y regresé a la oficina, no muy seguro de todo lo que acababa de observar. Me inventé una breve entrevista con el hombrecito que tomaba café con la encina, y en la entrevista él afirmaba ver colibríes sarcásticos y señores narcoplécticos. Todos en la oficina rieron y gritaron a los cuatro vientos que ese pobre señor estaba loco.

La muerte me ronda
(Basado en una historia irreal)

Últimamente, la muerte me ronda sin decidirse a tocarme directamente. Caí en cuenta de esto pasadas las 11 de la noche, en una fecha en la que conmemoraba un aniversario, arrullaba tres lutos previos y recibía la noticia de un nuevo fallecimiento. Esta convergencia de eventos me parecía sospechosa. Me pregunté si sería una señal.

Para mí —¿para quién no?— había sido desgastante ver cómo gente que yo amaba se iba para nunca más regresar. Era difícil no tomárselo personal cuando las pérdidas, además de ser sorpresivas, venían una en una, en fila india, a darme una

cachetada. Pero en un momento en el que estaba por hundirme en arenas movedizas, alguien tuvo la gentileza de sugerirme el verbo «hacer». Que hiciera cosas. Cosas viejas, cosas nuevas. No detenerme. Y es así como me volví un hacedor compulsivo. Un caminante compulsivo, para el caso. El momento en que mi angustia se activa y comienza a consumirme, camino. Camino, camino, camino; si es en espacios abiertos, mejor. Aunque es tentador enrollarme en la cama como caracol y humedecer mi cara con agua salada, el dolor también es energía renovable. De modo que esta vez había salido a caminar a las 11 de la noche.

Caminé tres cuadras hacia arriba y luego me volví sobre mis pasos, acortando mi ruta a casa por el parqueo de la iglesia, que a esas horas está iluminado por una débil luz naranja. Caminaba de prisa, y de repente sentí una presencia a mis espaldas. Aquí me di cuenta de que más que compulsivo, había sido imprudente al salir a esa hora. Había alguien atrás y temí que la única empatía que esta persona tendría conmigo sería alegrarse por no estar en mi lugar. No quise volver mi cabeza, por temor a darme cuenta de que la señal que yo creía ver era cierta. No quise voltear, pero me

venció la curiosidad, o me venció la resignación. Me di vuelta y me encontré con un esqueleto.

Me quedé petrificado y, muy a mi pesar, las lágrimas comenzaron a rodar. Las señales eran ciertas, pensé. El esqueleto venía hacia mí. Dí un paso hacia atrás y mis manos se elevaron involuntariamente y cubrieron mi boca. El esqueleto se plantó frente a mí y se rió a carcajadas, antes de exclamar: «¡Mírame! ¿Qué puedo hacerte? No tengo arma alguna, no tengo dónde esconderla. Podría rodear tu cuello con mis falanges, o patearte en el estómago, pero no tengo fuerza muscular para ejercer presión. ¿Qué puedo hacerte?».

Mis ojos escrudiñaban su figura. Las cuencas vacías de sus ojos me observaban. Me sonreía, acaso porque no tenía otra opción. Extendió los huesos de su mano, como si me pidiera algo. Como un reflejo, me hurgué los bolsillos y encontré dos monedas que traté de entregarle, pero separó sus metacarpianos y las monedas cayeron al suelo. «¿Qué quieres?» le pregunté en un tono que ahora me avergüenza. «Deja de esperar señales. Te tocará ser protagonista cuando te toque», me respondió, con su quijada balanceándose mientras de algún

lugar de su enjuto interior provenía una voz ronca. «Ahora, sigue tu camino y no seas idiota. Vive como si este fuera el último día de tu vida y como si tu vida fuera para siempre».

Se dio la vuelta y se alejó. Me quedé helado y esperé a que el esqueleto cruzara la esquina. Retomé mi camino a casa, rumiando lo que acababa de pasarme. Resolví que el día siguiente desaprendería a conducirme en la vida como autómatas y adquiriría el hábito de vivir el presente y quedarme en él sin buscar señales. Minutos después de haber entrado a mi casa, recibí una llamada. Alguien me avisaba que un buen amigo mío había sido muerto a tiros. Me sentí burlado; así no se puede vivir.

Cupido suelta sus demonios

“I must be fine
'cause my heart's still beating”
Fell In Love with a Girl-The White Stripes

Circulaba la hipótesis de que alguien, finalmente, le había roto el corazón a Cupido y el querubín andaba desquitándose con quien se le pusiera enfrente. Sólidas relaciones de años terminaban de las formas más crueles, y prometedores intercambios de regalos y saliva consumían su existencia de la noche a la mañana. Los resultados eran devastadores y eran visibles en el aspecto personal, en el desempeño académico y laboral y, más dramáticamente, en las salas de emergencia de los hospitales. Expertos en el tema alertaban sobre la pobre capacidad de afrontamiento y la baja tolerancia al dolor que parecía tener Cupido; en lugar

de luchar con sus propios demonios del desamor, los había dejado sueltos para que el mundo sufriera con él y como él.

Un par de horas después de que Esteban viera a los expertos debatir este análisis por televisión, se encontró con el penoso placer de acompañar a una nueva víctima de esta crisis dentro de una ambulancia. Su ambulancia. Esteban era un joven paramédico con pocos meses de experiencia. A él le hubiera gustado tomar de la mano a la muchacha que venía sentada frente a él, y decirle que todo estaría bien, aunque no fuera cierto. Y no solo era el horror de lo que le había ocurrido a ella, sino el pavor de que cualquier persona podía ser la próxima.

Lisa tenía dificultades para respirar, estaba en shock y lo único que se movía en ella eran lágrimas que huían de su cuerpo paralizado. Esteban recibió un garrotazo cuando la vio a los ojos. No era simple agrado o simpatía; tampoco era un instinto necrofílico. Muy a pesar de la palidez y la gélida expresión traumatizada de Lisa, y del hecho de habersele declarado moribunda empedernida e irremediable, Esteban se sintió resuelto a salvarla para construir algo grande con ella; quería saber de ella aunque

creía conocerla de toda la vida. Estaba enamorado. Plena y ridículamente enamorado.

Pero la vara de hierro atravesaba el pecho de Lisa y se calculaba que se encontraba pocos centímetros por encima de su músculo cardíaco; por su espalda asomaba la punta ensangrentada de la vara. Y es que las rupturas de ex enamorados eran el menor de los males en cuanto a los ataques del enloquecido Cupido. El recibir un flechazo al corazón, algo que mucha gente anhelaba, ya no era una simpática metáfora sino una dantesca realidad; venían de cualquier parte y le pegaban a cualquier persona, aún en su propia casa. Las mariposas en el estómago, que antes generaban risitas nerviosas a quien las portara, eran ahora polillas que se comían las entrañas de los pobres cristianos desde adentro hacia afuera, como un cáncer.

Los doctores harían la extirpación en Lisa, con la certeza de que ella moriría de cualquier manera; pero al menos dirían que hicieron lo que pudieron. Esteban comenzó a desesperarse, el trayecto al hospital le parecía agónico. Tres cuadras antes de llegar, Lisa se desvaneció y cayó hacia adelante, entre los brazos de Esteban que se extendieron rápidamente

para detenerla. Había perdido ya sus signos vitales. Finalmente la ambulancia llegó al hospital, donde la esperaban tres médicos. Sacaron el cadáver de Lisa, colocándola de costado sobre una camilla. Luego sacaron el cuerpo de Esteban, de quien inicialmente creyeron que se había desmayado por la crudeza del momento, hasta que notaron el hueco donde solía estar su estómago.

El caballo Molleja y la Gorra Parlante

Molleja era un caballito que había sido concebido in vitro. Era un milagro de la ciencia, porque sus células madre provenían de la molleja de un gusano. Su padre era un potro buen mozo de mediana edad, llamado Sacristán. Tras sus primeros seis meses de vida, llenos de atención mediática, los dueños de ambos caballos llevaron a estos a una tranquila granja en Narizona, y nadie volvió a mencionar nada de su origen. Molleja creció y llegó el día en que quiso ver el mundo. Su progenitor lo alentó a ello, diciéndole que debía salir a buscar su destino, aunque realmente Sacristán

quería el establo para él solo y su hijo ya ocupaba demasiado espacio.

El caballito abrió la puerta de la granja y se fue. Caminó todo el día y cuando anocheció, empezó a buscar alojamiento en el pueblito al que acababa de llegar. Por fin llegó a la posada «El Alegre Sonriente» y se coló entre una vaca y un pesebre. Molleja pronto cayó en un apacible sueño, hasta que el brillo de una luz enorme sobre «El Alegre Sonriente» y una profunda voz que venía del cielo lo despertó. Molleja levantó la cabeza y vio un niño envuelto en pañales, y tres personas que parecían hacer fila para entregarle regalos.

En ese momento, Molleja despertó... todo había sido un sueño, excepto por la luz enorme que seguía ahí. De ella salió un duendecito que levitaba, y que dijo llamarse Gorra Parlante. Explicó que él había sido el hado madriño del gusano del cual sacaron las células para Molleja. A este gusano se lo comió una chiltota y Molleja heredaba a Gorra Parlante, por ser el único descendiente. Después de esto, ambos se hundieron en un cálido y deprimente abrazo (cálido porque se habían encontrado y deprimente por la muerte del gusano).

Al día siguiente, ambos fueron a buscar trabajo para ganarse la vida. Después de caminar por muchas horas, encontraron una granja abandonada y se instalaron ahí. Montaron una fábrica de teclas para computadoras. Con el tiempo cambiaron de industria y empezaron a hacer pestañitas para ventilador (las que se mueven para destaparlos y limpiar las aspas). Les fue mejor con eso y tuvieron muchas ganancias. Eventualmente lograron remodelar la granja, su hogar, y la aseguraron por mucho dinero.

Ahora ya podían darse el lujo de asistir a eventos de entretenimiento, y fueron a un partido de béisbol, porque tenían curiosidad de cómo se practicaba ese deporte. Lastimosamente, en un *homerun*, a Gorra Parlante lo golpeó un hot dog que venía volando de alguna parte del graderío y la fuerza del golpe lo sacó del estadio. Pasaron semanas y Gorra Parlante no volvía a casa. Molleja vivía preguntándose dónde estaría, hasta que una tarde el cartero le llevó una postal proveniente de las Bahamas. Era de Gorra Parlante. El muy Judas le contaba a Molleja que había montado otra empresa de pestañitas de ventilador y le estaba haciendo la competencia desde el archipiélago.

Molleja hizo algo noble: le vendió su propia empresa a unas cacatúas para que Gorra Parlante no tuviera competencia. Noble, pero menso. Las cacatúas se enriquecieron haciendo perchas para perico. Molleja le prendió fuego a la granja, fingió que fue un hecho delictivo y cobró el seguro. Con eso, y con una plantación ilegal de hierba proclive a ser fumada, vivió tranquilamente hasta que murió.

Cinco microcapítulos (Sobre cosas innombrables)

I

Una guitarra tenía patas en lugar de cuerdas, y comenzó a subir por la pared creyéndose una hormiga más de la hilera. Confundió a toda la colonia, no por su inusual tamaño, sino por la falta de antenas. Destrozó el hormiguero, y cuando quedó huérfana, las termitas vecinas se la comieron.

II

Al contrastar los resultados de las autopsias, se determinó que, de todos los cadáveres, el de Esperanza era el más reciente. «Esperanza murió de último. Sufrió la agonía más larga».

III

Era mi cumpleaños y la noche más triste de mi vida. Él me llevó a celebrar con sus amigos, sin darse cuenta de que yo caminaba arrastrando una cadena imaginaria, aunque comentó que hoy yo estaba cojeando más de lo normal.

De repente, gritos... nos piden que salgamos a ver el cielo. La luna explotando, reventándose en docenas de pedazos, como pequeños continentes, cayendo al vacío como migajas. Pensé que algún poderoso país estaba declarando la guerra a otro con salvaje arrogancia. Pero los gritos cesaron abruptamente, todos al unísono, como si algo hubiera cerrado las gargantas que les daban vida. Con el silencio vino la realización, el miedo y la resignación. Vi hacia abajo, mis zapatos. El suelo bajo mis pies comenzó a quebrarse.

IV

Una veinteañera de piel trigueña escuchó con horror que luego de pasar once días despierta, sucumbiría a la muerte. Sin embargo, ella llevaba tres semanas en

vigilia y seguía con vida. Su falta de sueño lo achacaba a la reciente realización de su patrón amoroso, en el que los hombres que se habían tomado la molestia de hacerle promesas, algunos por meses, algunos por años, cambiaban su opinión de la noche a la mañana y se marchaban a cumplirle esas promesas a mujeres que guardaban en sus armarios.

Pasaron semanas y al dolor nocturno de la veinteañera se añadió la paranoia diurna y alucinaciones. Finalmente le diagnosticaron Insomnio Familiar Fatal. Primero habían sido sus hombres, y ahora era su propio cuerpo el que la estaba traicionando. Pero al cabo de seis meses, su sufrimiento por ambos desapareció: ella dejó de responder a su entorno y lentamente cayó en un sueño perpetuo. Plácido, quizás.

V

La gata duerme parada y una araña vive entre sus bigotes. Y un día la araña dispara su hilo desde los bigotes hasta una montaña cercana, y se desplaza como en teleférico hacia ella. Llega a una mesa y la mano abierta de una mujer la recibe. La mujer hace

muchos ademanes al hablar, y la araña cuelga de sus dedos, subiendo y bajando como un yo-yo. Se marea y vuelve al suelo estable de la mesa, donde su vida se trunca cuando la mano de un militar retirado la aplasta, como si fuera un vulgar mosquito.

Jack Fitzgerald Malasuerte

Jack Fitzgerald Malasuerte sacó su doctorado en alguna ciencia, y se negó a considerar la «mala suerte» como un factor causal de las desgracias que le ocurrieran a él o a terceras personas. «Tomen la película *Just my Luck* con Lindsay Lohan», le decía a sus alumnos, quienes se reían bajito ante la mención de algo tan cultura pop. «Muchas de sus desgracias son producto no de la mala suerte, sino de errores evitables... quemarse al cambiar una lámpara no es mala suerte, es descuido si ustedes primero no apagan la fuente de corriente».

Y no es que Jack Fitzgerald Malasuerte cayera en el Error Fundamental de Atribución, o, que es lo mismo, una excesiva psicologización del quehacer humano. Estaba conciente de que muchas veces el entorno nos juega una mala pasada, pero afirmaba que esto era así por un efecto dominó fruto de las acciones de otros (citaba *El ruido de un trueno* de Ray Bradbury, para efectos ilustrativos), y no porque haya un Gran Poder tratando de jodernos. El reforzamiento supersticioso, como llaman los conductistas a la ilusión de que un elemento dado es causa que produce un efecto, le era sumamente fascinante en tanto constituía un ejemplo de seres vivos con sistema nervioso central intentando controlar un entorno incierto (demostrado en el laboratorio con la rata que aparea la conducta de rascarse la oreja con recibir una bola de concentrado, el tocomadera, y el tómalaque-es-tuya de hacer la señal de la cruz antes de un examen).

Una mañana de su año sabático, el segundo que se tomaba desde haber adquirido su status de intelectual, Jack Fitzgerald Malasuerte escuchó sonar el teléfono y mientras se dirigía a contestarlo sonó el timbre, a la vez que su perro saltaba en dos patas

para que le diera de comer. Si alguien se lo hubiera preguntado, él no lo hubiera definido como mala suerte, sino como tres entes haciendo demandas al mismo tiempo, cada uno sin saber de la existencia del otro; eso no era malo *per se*, solo incómodo y frustrante para él.

Jack Fitzgerald Malasuerte se paró a la mitad de su casa para jerarquizar las tres demandas de su entorno, pero su lóbulo prefrontal se inhibió ante la presencia de una araña en su brazo, la cual acababa de brincar desde un pintoresco cuadro aledaño. Él era alérgico a los arácnidos, no por mala suerte si no por una condición genética heredada del lado de su madre. Se puso a brincar como su perro para zafarse del agente que le cerraba las vías respiratorias, cosa que le daba histeria, pero se desmayó al cuarto brinco —por la histeria y no por la hipoxia— y al caer se golpeó la cabeza con una mesa. Su perro llamó al 911 y la ambulancia llegó a los dos minutos, porque el personal paramédico estaba a una cuadra de su casa (¡qué buena suerte!), comprando queso crema en la tienda de la esquina.

Cuando Jack Fitzgerald Malasuerte estaba siendo cargado en la camilla, uno de los paramédicos se

deslizó y la volteó, y el paciente cayó al suelo. Por suerte... más bien, por causalidad estructural, el paciente estaba inconsciente y no se dio cuenta. El daño, aunque considerable, no fue mortal y solo requeriría un par de meses de ejercicios terapéuticos. Lo que casi le cuesta la vida fue el dengue hemorrágico que le dio en el hospital, por un pequeño grupo de zancudos gitanos que anidaban en un charquito en uno de los patios del nosocomio. Con todo, sobreviviría alegremente sin secuelas. Después de que su doctora le diera esta buena noticia, ella salió de la habitación y se acercó a un par de enfermeras, diciendo en voz baja: «¿ya vieron el nombre de este señor? Jack Fitzgerald, casi como el presidente aquel».

La cuentista Ligia María Orellana nació en San Salvador el 19 de enero de 1985. Es psicóloga y autora del libro *Combustiones espontáneas* (San Salvador, 2004), el blog *Qué Joder* y el webcómic *Simeonístico*. Sus cuentos han sido publicados en el Suplemento Literario «Tres Mil» de *Diario Co Latino* y en los sitios web *Minitextos* y *Artepoetica.net*.

Indeleble, de la Colección Revuelta, se terminó de imprimir a los nueve días del mes de diciembre de 2011 en Impresos Múltiples, San Salvador, El Salvador. En su composición se usaron tipos Garamond Premier Pro 12/15, 11/14, 8/11, 7/10 y Helvetica Neue TT 14/16.8 pts. Para la impresión de los interiores se usó papel Ledger de 24 g; y para los forros, cartulina Cover laminada mate. La edición consta de 1,000 ejemplares, y estuvo al cuidado de María Tenorio y Contracorriente editores.



Colección **Reuelta**

Ligia María Orellana nos hace *tripear* en seis relatos ilustrados que conforman la primera parte de este libro. Nos conduce, en ellos, con fino y peculiar sentido del humor, por distintos espacios y momentos del actual San Salvador con un estilo que bien podría llamarse neocostumbrista. La segunda parte del volumen, siempre con lenguaje claro y preciso, reúne ocho cuentos que, ambientados en espacios urbanos indeterminados, combinan seriedad y comicidad en situaciones imaginarias que transgreden los límites de la cordura.

